

Migración, libre comercio y cultura en El Salvador

Rafael Lara Martínez

Catedrático de Humanidades en el Instituto Tecnológico y de Minas de Nuevo México

Descriptores: globalización-migraciones-cultura-El Salvador.

El autor, situándose en el caso salvadoreño, comenta una de las contradicciones más evidentes de los TLC: que promueven la libre circulación de mercancías mientras impiden la libre circulación de personas. Este ensayo refiere a la interacción cultural entre quienes habitan en El Salvador y la diáspora salvadoreña (pues el 30% de la población del país reside en los Estados Unidos), al papel de la cultura para enfrentar la violencia, así como a las condiciones materiales que la alimentan. Reflexiona sobre la vida sociocultural del país y sus potenciales cambios en el marco del TLC. Crítica esta propuesta de integración económica indiferente al desarrollo de democráticas políticas culturales y promotora de condiciones de vida generadoras de violencia. Como vía alterna propone el uso creativo de los recursos culturales.

Migration, Free Trade and Culture in El Salvador

The author, placed in the Salvadorian case, comments on one of the most evident contradictions of the Free Trade Agreements which is to promote the free circulation of merchandise while the people free circulation is prohibited. This essay refers to the cultural integration between those who live in El Salvador and the Salvadorian huge migration (the 30% of the population lives in the USA),

also to the cultural role to face the violence as well as the material conditions that support it. He reflects about the socio cultural life of the country and its potential changes in the Free Trade Agreement framework. He criticizes this proposal of economic integration indifferent to the development of democratic and cultural policies and as a promoter of living conditions that generate violence. As a staggered way he proposes the creative use of the cultural resources.

Estaba yo aquí, extranjero en mi propio suelo. Salarrué

Introducción

Al hablar del CAFTA, no lo hago como especialista en ciencias económicas ni jurídicas. Tampoco me refiero al tratado como experto en cuestiones de globalización. Más bien, a título personal, la contribución es modesta. La realizo como uno más de un treinta por ciento de salvadoreños que vive en EE. UU. Esta posición singular define nuestro más agudo presente. Razono a partir de una economía que se mantiene gracias a la exportación de mano de obra ilegal y barata hacia el norte. Lo que a principio del siglo XX se llamaba café, ahora lo representa el factor humano en bruto. A esta variable comercial la llamaré *zoe*. De esta palabra deriva la zoología actual, pero en sus orígenes el vocablo calificaba la vida al desnudo en cuanto tal, despojada de todo calificativo nacional.

Entramos a la globalidad posmoderna, porque sustituimos las remesas en mercadería por los cuerpos mismos de nuestros compatriotas. La actualidad la define una bio-política –mejor una zoo-política–, una política del cuerpo rebajado a su condición propiamente animal. Hablo desde una situación histórica y existencial precisa. Antes de la firma del CAFTA al cuerpo humano se le impone el volverse mercancía de exportación. Para que el país avance en su recepción de divisas, un vasto contingente de la población nacional debe proseguir un viaje azaroso hacia los EE. UU.

La reflexión adquiere un tono existencial de debate con dos polos extremos sobre el TLC. Por una parte, la utopía neoliberal alimenta el sueño de un desarrollo local autosustentado gracias a la amplia inversión extranjera. Por la otra, –quizás no sea la expresión más lograda– el descalabro posmarxista nos advierte sobre la absorción absoluta de los recursos nacionales a los designios financieros de las transnacionales.

Busco un cuerpo que me sirva de imagen. Ahí encuentro el tatuaje de los mareros como símbolo de lo transnacional. En su desplazamiento exijo no tanto una oposición al TLC sino su radicalización ultraliberal. Le reprocho la falta de consideración del factor humano, ante todo, la del emigrante. En lugar de propiciar una sociedad que internacionaliza ilegalmente a los sujetos, mientras genera

canales legales para el capital y los productos, debemos generalizar un sistema global para toda la población.

Requiero que un TLC integral cree condiciones favorables de apertura de las fronteras nacionales para todos aquellos que, por carecer de capital, no pueden internacionalizarse por vías legales. Esta globalización del trabajo sería la única utopía viable en un presente ultraliberal. Pero como sabemos (*ABQ Journal*, 15/abril/2005), aquello que los comunistas hicieron en Berlín –erigir un muro en nombre de la libertad– es el acto que ritualmente repiten quienes luchan por la democracia. Así dotan a su misión histórica de un arraigo material.

1. La problemática

Más allá de todo tecnicismo, deseo demostrar el poder reflexivo del conocimiento humanístico en un mundo en crisis, en un mundo que ha olvidado el sentido original de la tecnología. Creemos que la *tekhne* impulsa el desarrollo, pero ni siquiera sabemos lo que significa esa palabra griega. Me ciño a presentar tres puntos:

- 1) Herencia de guerra.
- 2) TLC: entre utopía neoliberal y descalabro posmarxista (uso este término como simple provocación).
- 3) Alternativas culturales salvadoreñas en el presente, las patentes intelectuales del país.

2. Herencia de guerra

Me interesa desconstruir una oposición viva que heredamos del siglo pasado, a saber: integrados contra apocalípticos, derecha nacionalista contra izquierda comunista. Los primeros abogan por una panacea neoliberal, los segundos vaticinan el Apocalipsis capitalista. Curiosamente ahora los polos se invierten. Los nacionalistas se vuelven internacionalistas, mientras los comunistas defienden un nacionalismo a ultranza. En términos ideológicos, los dos proyectos de nación se definen el uno por salvar al país de la amenaza comunista y el otro por conducir a las masas a sus justas reivindicaciones hacia una utopía socialista. Para el imaginario eurocéntrico, el choque entre esa dualidad viene desde 1932, cuando los soviéticos –usando El Salvador como punto estratégico– intentaron invadir Centro América.

Este panorama de dos extremos procede de una herencia de guerra y de dictadura que aún afecta nuestra actualidad de paz. Se nos dificulta superar el

imaginario político de la guerra fría. La polaridad es el horizonte infinito de toda confrontación política. Sin justificación documental, la inventiva política salvadoreña la proyecta hacia un pasado lejano -1932- y la imagina como horizonte sin fin en el presente.

Para rebasar esta dualidad, es necesario pensar un tercer proyecto de nación. A esta vía inexplorada la llamo exilio, diáspora. El exilio es definitivo y definitorio de la identidad nacional. Es la presencia. Lo delimita la disolución migratoria posmoderna que los polos se niegan a encarar. Para este proyecto, el único TLC viable sería la liberación absoluta de la mano de obra por la apertura de las fronteras.

Más allá del enfrentamiento entre dos polos, la guerra se jugó en el desplazamiento de un treinta por ciento de la población nacional hacia fuera del territorio. Lo que la izquierda armada se esforzaba realizar -minar el sustento económico del régimen que combatía- mal que bien se sostuvo gracias a las remesas del extranjero. La idea no es nueva. Hacia mediados de los ochenta, Ignacio Ellacuría mantenía que la guerra no afectaba a la mayoría de la población absorbida en sus preocupaciones cotidianas por subsistir. Añadiría, por emigrar para vivir de una manera digna. Esta migración masiva e ilegal significa que un amplio rubro de la política neoliberal lo delimita la exportación de carne (*zoe*) humana, a la cual rara vez se le respetan sus derechos humanos.

El éxodo sin precedente hizo que el anhelo de liberación nacional provocara un efecto contrario: la dependencia financiera del país con respecto a su población itinerante en el extranjero. La liberación nacional -y su contraparte represiva- propició la diáspora internacional. Encontramos en ello una típica astucia de la historia: la distancia que media entre una intención política causal y su efecto histórico real.

El Salvador se convierte en un país productor de mano de obra barata ilegal. Esta población sustituye los productos tradicionales de exportación. Entramos en la globalidad cumpliendo a justo juicio los vaticinios poéticos de Pedro Geoffroy Rivas y Oswaldo Escobar Velado: "la patria peregrina a conmigo", "amo los exilios pues desde ahí recojo los nombres de la patria". Otra autora, Amparo Casamalhuapa, decía que El Salvador era un "país portátil".

La paz no revierte este proceso migratorio, en cambio, sigue el éxodo como hecho y como anhelo; donde el "deseo de ser", de irse a Estados Unidos, esclarece con mayor intensidad que los hechos nuestra única identidad posible y futura. Buena parte de la cultura nacional retoña fuera del territorio geográfico, en lo que podría llamar un misticismo nacionalista, pero que antes de la guerra se tildaba de "comunista". Para todos los autores mencionados, El Salvador era algo más que una geografía, un territorio y una materialidad. El país era un compromiso místico y espiritual, una idea poética. Su obra artística al exterior construye un territorio nacional imaginado, más vasto que el de un ejecutivo de una pujante corporación asentada en el interior del país.

Otros ejemplos del canon nacional confirman la necesidad del exilio para que prospere la cultura nacional. Pensamos en Alberto Masferrer que muere meses después del etnocidio de 1932, acusado de comunista, en un Salarrué que nos incita al exilio interior, a Roque Dalton, que escribe gran parte de su obra en Cuba. En la actualidad, mucho de “lo nuestro” se genera en el extranjero o en varios destierros íntimos. Sin exilio no hay identidad literaria nacional. He ahí la paradoja. “Lo nuestro” es “lo ajeno”. El CAFTA lo reitera; la soberanía nacional se decide en el extranjero.

Esta temática es central en la literatura de la posguerra. Ahora que prevalecen los derechos ciudadanos, el humano en cuanto tal queda rebajado a lo puramente animal, al reino zoológico. En la literatura actual la zoología define una rama inexplorada de los estudios culturales y de la sociología. Lo que se aparta de lo normal se percibe como animal. Los convido a leer la obra de dos escritoras de la posguerra: Jacinta Escudos y Claudia Hernández. En ambas narrativas la sociedad es una zoo-ciedad; la sociología, una zoología.

En conclusión, la nacionalidad salvadoreña no está física ni geográficamente autocontenida. A semejanza del concepto azteca de persona –descentrado y proyectado hacia fuera del individuo– El Salvador vive tanto al interior como al exterior. Para sedimentar una identidad nacional interna, hay que expulsar una fracción del país hacia el exterior. Lograr un “libre comercio” entre estos distintos segmentos desgajados, mutilados de una presupuesta nación única sería el esfuerzo de una verdadera política económica y cultural. Esta sería competencia tanto de una política cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores –absorto solo en cuestiones comerciales y militares– como de un verdadero TLC que tome en cuenta el producto básico de exportación: la mano de obra barata e ilegal. No podemos dispensarnos de un cierto TLC –falta discutir los términos– para encerrarnos en un nacionalismo chato y en una autarquía económica. Por lo contrario, debemos propiciar la transferencia de capital simbólico entre los salvadoreños al interior y al exterior. Sin un libre paso de trabajadores inmigrantes –entre el afuera y el adentro del país– todo TLC será tarea vana. Exijo que humanicemos y legalicemos la inmigración salvadoreña hacia Estados Unidos; de sus remesas depende buena parte del destino de la economía importadora del país. Esta humanización del emigrante es tanto más urgente ahora que arrecian los movimientos por cerrar la frontera sur de Estados Unidos.

3. TLC: entre utopía neoliberal y descalabro posmarxista

Me interesa situarme en un intermedio entre la exaltación sin crítica de todo TLC y su condena radical. Por eso, inicio esta reflexión alertando sobre el peligro de condenar todo TLC. El ejemplo es simple. La Unión Europea exige que el gobierno salvadoreño acepte varios tratados internacionales y haga reformas antes de otorgarle cualquier exención de aranceles. Entre los requisitos se cuentan: lucha

frontal contra las drogas, implementar leyes de protección del medio ambiente, convenios laborales (posibilidad de empleados públicos a sindicarse y contratos colectivos en empresas privadas). La primera reacción del gobierno de Saca es tajante: anticonstitucional. En réplica ritual, *El Diario de Hoy* (12/abril/2005) asegura que se trata de imposiciones extranjeras que no se adaptan a nuestra identidad tropical. En esta solicitud encontramos lo que un compañero mencionó ayer sobre lo positivo que le resultaría a Centro América "diversificar la dependencia", las exportaciones.

Este ejemplo nos advierte de la necesidad de crear estándares internacionales semejantes a la Declaración de Derechos Humanos, que no son solo de los ciudadanos, sino de todo cuerpo en cuanto tal. Estos parámetros globales abarcan la protección del medio ambiente, la defensa al trabajo y sus beneficios colaterales (médicos, de jubilación y otros), la fiscalización del capital, la educación. Estos requisitos universales los oponemos a un nacionalismo selectivo que abre fronteras cuando le conviene y las cierra en otras ocasiones. Anteponemos un TLC imaginado e ideal a un tratado rígido que excluye un plan específico de desarrollo humano integral.

Con este ejemplo entrevemos el simplismo en que incurrimos al combatir todo TLC como negativo para la mano de obra del país. En este momento histórico, sin idealizar, la Unión Europea representa una influencia benéfica en oposición al capitalismo rapaz que preconizan los EE. UU. En términos netamente salvadoreños una declaración de estatutos universales sería un *Minimum Vital*, tal cual lo enunció Alberto Masferrer desde 1920, pero que en el país aún es utopía.

El *Minimum Vital* lo percibo de manera semejante a la eficiencia en la producción y al control de calidad que se le impone a la manufactura. Por ejemplo, si Óscar de la Renta o, más cercano a nuestro estereotipo, si *Banana Republic* promueve la maquila salvadoreña, es porque la producción de textiles y la hechura se pliegan a estándares de calidad. De ahí que debemos preguntarnos por qué aceptamos regular la mercadería-objeto, pero no le imponemos parámetros semejantes a la mercadería-cuerpo, a la mercadería-mano de obra. He aquí un craso defecto del CAFTA; no incluye estándares internacionales dignos para el trabajo ni tampoco aboga por humanizar la mano de obra ilegal, en busca de cuotas razonables de emigración laboral. Insisto en la exigencia ultraliberal por el libre comercio del primer rubro de exportación salvadoreña: la mercancía humana.

Puesto que cualquier alternativa socialista es simple ilusión o nostalgia posmarxista, debemos movernos dentro de los marcos de una realidad capitalista, la única que existe y es posible en el futuro inmediato. Creer que hay un punto de vista exterior –un pórtico que nos encamine al abandono del mundo actual– es un sueño. En verdad, nadie tiene acceso "al desierto de lo real". Vivimos y pensamos en el interior de la matriz capitalista. Estamos condenados a habitar la caverna mercantilista y observar simples sombras. De eso nos informa el marxismo actual; si todo es mercancía, tal cual asegura Fredric Jameson, también lo es la teoría

revolucionaria clásica del eslabón más débil cuando el cambio debe ser más que nacional, global. Quizás al inicio ocurriría en el eslabón más fuerte.

Dentro de esta matriz, anotamos que la diáspora constituye un amplio segmento de la identidad salvadoreña actual. A esta primera determinación añado otra: la dolarización. Al igual que un vasto porcentaje de la población, la moneda nacional quedó absorbida por la del imperio anglosajón. Quizás fue un craso error dolarizar la economía salvadoreña; pero sería de una equivocación mayor regresar a una régimen de moneda nacional más devaluada que el dólar frente al euro. Mientras no exista una alianza financiera sólida latinoamericana una "recolonización" de la economía salvadoreña resultará un fracaso.

No me detengo en los lugares comunes de la crítica al CAFTA sino por una razón. Hay que reflexionar sobre lo que proponemos a cambio. Al proyecto que sueña con la nostalgia —el modelo cubano— como alternativa a la globalización es lo que llamo descalabro (pos)marxista. Es imposible el retorno a un paraíso perdido cuyos despojos solo podemos escuchar en los rumores que entonan las raíces de los árboles que se nutren de lo abolido (la imagen la retomo de Asturias). Hoy día, su modelo de autarquía —en isla o en archipiélago— es objeto de la arqueología.

En mi búsqueda por información sobre el CAFTA, las críticas en la red son tan numerosas que opacan los únicos sitios en los que se defiende y expone el tratado. Me llaman la atención las imágenes de una reconquista del istmo y sus recursos naturales, la privatización y desregulación desmesurada. A ello se añade el peligro por rebajar los servicios públicos —médicos y educativos— cuando se necesita un balance entre lo público (seguro médico, educación...) y lo privado, y una concomitante baja de salarios. Ante todo, resalto el riesgo para la agricultura y la producción de granos, ya en crisis. Acaso los campesinos serán los que engrosen con mayor ímpetu las filas de los inmigrantes ilegales.

Es notorio el contraste entre la facilidad con que el CAFTA se aprobó en El Salvador y la oposición y discusión que se genera en el Congreso de EE. UU. El facilismo dice mucho de nuestro estilo político. Somos más papistas que el Papa, más capitalistas que el capitalismo mismo. Quizás esta concesión inmediata sin un foro nacional nos informe de la rigidez del gobierno salvadoreño ante el debate público. Anota la dificultad por abrir espacios democráticos de contestación y crítica.

Escuchamos también otros reclamos: su texto oculto, falta de transparencia en negociaciones, rapidez acelerada de un "libre comercio" que nunca es totalmente libre sino está sujeto a un intercambio restringido y desigual. No en vano, reitero, el primer producto de exportación del país se halla fuera de la mesa del debate.

En breve, concluyo que sin un Minimum Vital de estatutos internacionales los reclamos serán realidad. De existir una paridad de intercambio y libre comercio, el flujo de mercancía estadounidense hacia El Salvador equivaldría a un número razonable de salvadoreños con visa de trabajo. Solo el futuro dirá

cuál será la reacción del gobierno salvadoreño si el CAFTA amplía la oleada de emigrantes hacia el norte, al tiempo que la población estadounidense de la frontera sur propugne por construir muros como el de Berlín y arrecien los ataques contra los ilegales. Esta situación catastrófica da pauta a varios cuentos o novelas de política-ficción: descalabro de la bolsa de valores de Nueva York, crisis del Seguro Social estadounidense, malestar político en El Salvador e, imaginemos, los mareros en casa presidencial...

4. Alternativas culturales en el presente

Ahora que el CAFTA se avecina hay que pensar en la producción cultural salvadoreña, en los valores intelectuales propios. Debemos definir las patentes nacionales posibles que el país internacionalizaría. Comienzo con una anécdota humorística para que se den cuenta de la poca profundidad del debate.

El Salvador sufre una agresión cultural de Honduras. Este país anhela patentar la pupusa como algo propio y característico de su identidad. Ante esa apropiación del legado nacional por una fuerza extranjera, la reacción es urgente. Hay que nacionalizar la pupusa. Se acude a antropólogos e historiadores para que demuestren su origen autóctono nacional. Ya pueden ustedes imaginarse el tipo de pruebas documentales que se arguyen. Se necesita además un Día de la Pupusa. La culinaria nacional, la *haute cuisine* salvadoreña se halla en jaque. Este tipo de anécdotas nos ilustra las guerras de patentes a las que nos enfrentaremos. Por mi parte, les confieso, proseguí el legado de un ancestro y patenté la pupusa de *foie-gras*.

Enmarco la reflexión entre dos instituciones estatales: el Ministerio de Turismo, una de las prioridades del gobierno actual, y CONCULTURA, moviéndome entre dos ámbitos, el urbano y el rural. En esta reflexión tengo en cuenta un rubro que se discutió ayer: la "biodiversidad" y la cultura múltiple de Centro América.

En el ámbito urbano, es necesario pasar de una política punitiva y represiva a una creativa e incorporativa. De nuevo, la propuesta estatal la establece una zoo-política, una política del cuerpo en bruto. Se intenta tatuar en el cuerpo de los mareros la fuerza viva de la ley, sin implementar programas de reinserción. Más allá del plan mano dura y luego supermano dura, no existe una tentativa similar por canalizar la efervescencia juvenil hacia labores productivas. Creo que la creatividad artística –teatro, música, pintura– sería una vía para revertir la violencia en expansión.

En San Salvador existe una infraestructura y varios modelos que podrían utilizarse al respecto. Pienso en los café-teatros –La Luna, Ruco Rock, etc.– en las casas de la cultura. En esos recintos, a través de talleres que incorporarían a artistas y escritores nacionales, se formarían nuevas generaciones. El arte saldría por fin fuera de su recinto sagrado de museo para volcarse hacia una labor pedagógica y de restauración urbana.

De existir una política cultural de integración artística, aseguro que la capital salvadoreña gozaría de un mayor flujo turístico –al disminuir la violencia– y se propiciaría un auge en la creatividad artística y musical. Generar este proceso de creatividad es tanto más urgente cuanto que la crisis carcelaria expresa el fracaso de la represión sobre la incorporación y prevención. Una política romana de gladiadores –encerrar a los mareros para que se maten entre sí– debe dar paso a la creatividad. Experiencias similares existen en otras regiones del área. El compañero panameño Fernando Aparicio mencionó ayer el auge del *reggae* en español en su país. La expresividad artística dota a los grupos marginales de un ímpetu para que expresen sus vivencias y reconviertan la violencia en creatividad por el uso de los más variados recursos artísticos.

El segundo rubro urbano lo aseguran los museos, ligados a una renovación del espacio ciudadano. El punto central es crear una mejor calidad de vida y la generación de turismo. Los dos museos principales los representan el Museo de Arte (MARTE) y el Museo de Antropología. Mientras el primero logra captar una amplia audiencia y organiza cursillos de formación para adolescentes, el segundo sigue enfrascado en una visión tradicional de la exhibición antropológica. Su actividad no rebasa el folclorismo y la arqueología. A mi entender, una labor inédita sería informar a una audiencia urbana sobre la riqueza multicultural de las diversas culturas regionales e indígenas del país, a la vez que darle cabida a las culturas urbanas populares.

La concentración de ambos museos en una colonia de prestigio –la San Benito– nos informa de la necesidad por descentralizar la labor museográfica para volcarla también hacia zonas marginales y así valorizarlas. El único intento –tímido aún– lo representa el Museo Militar en el área que ocupaba la casa presidencial. No obstante, sorprende que en ese lugar se erija un monumento a la historia oficial en detrimento de toda expresión moderna renovada. Al tiempo que el estado se niega a juzgar cualquier crimen de guerra –para no abrir “antiguas cicatrices”– ahí se levanta un altar a quien dirigió la matanza de El Mozote. La herencia de guerra –la dificultad por aceptar los Acuerdos de Paz– dirige ese acto museográfico.

En el área rural, anoto dos zonas distintas de atracción. La primera son los centros de desarrollo turístico rural. Ahí se mezcla la cultura regional, el ecoturismo y un repliegue urbano hacia el campo. Caben mencionar pueblos como La Palma, reconocido por una artesanía típica que impulsaron los *hippies* desde los años setenta, Suchitoto, por sus festivales artísticos y la gastronomía, Apaneca por la hotelería y restaurantes típicos, al igual que Perquín por el Museo de la Revolución. Creo que promover este tipo de descentralización de la actividad cultural sería de mucho beneficio para el desarrollo rural y el turismo. Como en la ciudad, esta actividad no puede realizarse si no existe un proyecto formativo que canalice la violencia, más allá de la actitud represiva actual.

Por último, es necesario que el estado salvadoreño reconozca formalmente la existencia de zonas indígenas y que le otorgue a su población las oportunidades de desarrollo que se merecen. Es sintomático del atraso salvadoreño que Honduras cuente con un mayor adelanto en materia indigenista que el país. El reconocimiento legal de la presencia de un diez por ciento de indígenas debe acompañarse de la aplicación de los convenios internacionales, aceptados por todos los miembros de la ONU. Pienso en particular en el Convenio N° 169 sobre pueblos indígenas cuya "Parte II. Tierras, Artículo 14" exige el derecho de los pueblos indígenas a la "propiedad y posesión sobre las tierras que tradicionalmente ocupan". De obtenerlo, es seguro que regiones como la de los Izalco y los Cacaopera serían zonas de amplia conservación del medio ambiente, de gran atractivo para el eco y etnoturismo. Un indigenismo serio representa una promoción del desarrollo económico, político y cultural del país.

5. Conclusión

Concluyo con un imperativo categórico para una política en cada uno de los tres rubros de la reflexión:

Existe la necesidad de un libre comercio entre las partes disgregadas de la nacionalidad salvadoreña. Para ello, hay que poner la creatividad cultural por encima de la política militar. Hay que reconocer la necesidad por mediar el flujo de emigrantes salvadoreños dentro de parámetros legales del libre comercio. Nos preguntamos por qué dentro de una cultura de paz el Ministerio de Relaciones Exteriores nombra más agregados militares que representantes culturales y artísticos. Al presente el intercambio simbólico entre los inmigrantes y el país no ha cobrado una formalización ministerial.

Existe la necesidad de establecer un Minimum Vital de estatutos internacionales que regule las condiciones de trabajo y sus prestaciones elementales, al igual que reglamente el no tan libre comercio y la transferencia de capital. Por su parte, la izquierda debe enterrar su nostalgia por un encierro autárquico de la economía para proponer en cambio modelos globales de prestación laboral.

Existe la necesidad de valorar y promover la producción cultural e intelectual salvadoreña más allá de toda política represiva. Si una política de la creatividad se valorara –sin ser idealista– a igual nivel que la represiva, El Salvador podría emerger como potencia cultural y atractivo turístico.

La cuestión central no es preguntarnos si contamos con los recursos para promover esta labor. El punto central es si existe la voluntad política que convierta la guerra en paz, la represión en formación, la política punitiva en creativa, las armas en artes (*tekhne*).

BIBLIOGRAFÍA

ABQ Journal, 15/abril/2005.

Agamben, Giorgio. (1999). *Potentialities: Collected essays in philosophy*. Stanford, CA: Stanford U. P.

www.albuquerquejournal.com

www.diariocolatino.com

www.elsalvador.com

El Diario de Hoy (12/4/2005).

Ellacuria, Ignacio. (1991). *Veinte años de historia de El Salvador (1969-1989): escritos políticos*. San Salvador: UCA Editores.

Escobar Galindo (comp.) (1982). *Índice antológico de la poesía salvadoreña*. San Salvador: UCA Editores.

Jameson, Fredric. (2001). *The Jameson Reader*. Oxford: UK: Blackwell, Pub.

www.laprensa.com.sv

www.lemonde.fr

www.nytimes.com

